

**Jesse Owens y
la conexión argentina**

LUIS VINKER

ediciones
al arco

NUESTROS AÑOS FELICES

Hacia mediados de la década del 30, la entonces breve historia olímpica –y la aún más breve participación argentina– ya incluía dos nombres de nuestro país que brillaron en pruebas de velocidad: Juan Bautista Pina y Carlos Bianchi Luti.

Nacido en Zaragoza (España), pero llegado a Buenos Aires con apenas tres años, Pina fue semifinalista de los 100 metros en los Juegos Olímpicos de Amsterdam, en 1928. Dominó la escena nacional, alcanzando los récords sudamericanos con 10s.4 en el hectómetro –a sólo una décima de la marca mundial– y 21s.6 en los 200. Bianchi Luti, oriundo de Córdoba, pertenecía a la generación siguiente y en 1931 heredó los títulos sudamericanos de Pina sobre 100 y 200 metros en la pista de Gimnasia y Esgrima. Ambos se unieron para darle a la Argentina el triunfo en el relevo corto. Y un año más tarde, Bianchi Luti alcanzó la máxima calificación de un velocista de nuestro país en la historia olímpica de la velocidad, con su quinto puesto en los 200 metros en Los Angeles, tras mejorar el récord de los Juegos en cuartos de final. Bianchi Luti también corrió en 10s.4 sobre 100 metros, mientras que su marca de 200 fue reconocida

—mucho después— como 21s.46 con cronometraje electrónico, utilizado por primera vez en aquel momento. Una enfermedad viral sufrida al retorno de una gira europea acabó con su vida: tenía apenas 24 años.

Sin Pina ni Bianchi Luti, el atletismo argentino igualmente dispuso de un grupo de buenos velocistas con los Juegos de Berlín en el horizonte. Había pasado fugazmente otro atleta de 10s.4 (Enrique Andreini) pero asomaron nombres nuevos. El más sorprendente era Antonio Evaristo Fondevila, surgido de competencias estudiantiles en La Plata: con sólo 19 años, conquistó las dos carreras de velocidad en los Campeonatos Nacionales de 1935, también en GEBA, el 21 y 22 de diciembre. En los 100 metros le cronometraron 10s.4 que no solo igualaban el récord sudamericano sino que representaban la mejor performance mundial de un atleta junior (sub-20), algo que recién se difundió en las estadísticas oficiales medio siglo más tarde. En los 200 ganó con 21s.7, tras marcar dos décimas menos en la eliminatoria. Vestía los colores de Estudiantes de La Plata.

Otros de los velocistas que se preparaban para Berlín ya presentaban un mayor recorrido, principalmente Carlos Nazareno Hofmeister y Antonio Sande —ambos nacidos en 1909— quienes habían acumulado títulos nacionales. Hofmeister, de River Plate, contaba con un antecedente de 10s.8 en los 100 metros (1931), aunque su verdadera especialidad eran los 200. Sande, representante de la YMCA, se destacó en la temporada de 1933 con sus mejores marcas de 10s.5 en los 100 metros y 21s.9 en 200, año en el que también obtuvo ambos campeonatos nacionales. Y otro nombre que surgió fue Thomas Clifford Beswick, quien

acompañó a Fondevila para que completara –con el relevo 4x100– el triplete de campeón en los ya mencionados Nacionales del 35.

Los padres de Beswick llegaron al país a principios de siglo pasado, entre los inmigrantes ingleses que venían a trabajar en la extensión de nuestros ferrocarriles. Se radicaron en Victoria, conurbano Norte. *“Cuando mi abuela quedó embarazada –cuenta Yvonne Beswick, la hija de Clifford– se volvió a Londres para tener allí su bebé. Pero a los seis meses lo trajo a la Argentina. Mi papá se hizo llamar siempre Clifford, estuvo un par de veces en Inglaterra cuando era chico para conocer familiares. Estudió en el San Andrés, aunque no llegó a terminar el secundario. Mi abuelo había muerto y él salió a trabajar. Empezó en compañías como Shell y Glaxo, de empleado, y practicaba atletismo desde los 18 años, entrenaba en San Fernando y varias veces me contó que, para prepararse, corría varios kilómetros por la Avenida del Libertador”*.

Nacido el 17 de octubre de 1911 en Londres, Beswick decidió representar a la Argentina. *“Completó sus trámites de nacionalidad unas horas antes de subir al barco para ir a los Juegos Olímpicos”*, apunta su hija. Al acercarse los Juegos Olímpicos, era uno de los velocistas argentinos en mejor forma, alcanzando sus marcas personales de 10s.6 en los 100 metros y 21s.7 en los 200.

Beswick también era un remero de primera línea, competía para el club L’Aviron. En una entrevista contó su llegada al atletismo en 1930: *“Yo estaba en el Club Social Victoria y organizaron un torneo por la fiesta del 12 de octubre. Allí gané los 100 metros, a pesar de que no tenía ningún conocimiento de largadas, pi-*

ques. Eso me entusiasmó y hasta Alejandro Stirling, el entrenador de Zabala, me animó para que siguiera. Entrené y competí durante dos meses más, pero me desgarré y tuvieron que operarme”.

Aquel entusiasmo no decayó y se lo vio nuevamente en las pistas a principios de 1934, en el campo que Chacarita tenía sobre la calle Humboldt: 55s.2 sobre 400 metros. Una crónica apunta: *“Aunque el tiempo empleado por este corredor no es nada extraordinario, hay que tener en cuenta el pésimo estado del field y la falta de adversarios”.* Entrenado por el profesor Juan Reisseis, Beswick se gana enseguida un lugar entre los mejores velocistas del momento (11s0 en 100 metros y 22s6 en 200 durante un torneo en su propio club) y cumple su debut internacional a fin de año en el match con los uruguayos (Campeonato Rioplataense), en Montevideo. Allí Antonio Sande es la figura de la velocidad, como campeón en los 100, 200 y la posta corta, mientras Beswick llega cuarto en el hectómetro –tras una mala salida– e integra el equipo ganador en los relevos con 42s.7, donde también estaba Hofmeister (es decir, tres de los cuatro futuros olímpicos) y un tal Palme.

Pero otro de los hombres que también viajaría a Berlín, que lucía en otra especialidad atlética como la carrera con vallas, “orbitaba” cerca de los velocistas y terminaría cumpliendo un rol clave en los Juegos, se llamaba Juan Alberto Eduardo Lavenás. De ascendencia argelino-francesa, Lavenás alternaba con similar jerarquía el atletismo y el rugby. Nacido el 5 de septiembre de 1914, Lavenás jugaba como wing para el Belgrano Athletic, de allí pasó al CASI y a fines de 1935, junto al “Mono” Arturo Rodríguez Jurado encabezó la

escisión que dio origen a otro de nuestros grandes clubes, el SIC.

“Mi padre entrenaba y competía simultáneamente en ambos deportes. Para el atletismo, practicaba dos o tres veces por semana en GEBA”, recuerda Juan Lavenás (h). También trabajaba y estudiaba arquitectura. En 1934 logró su primer título nacional sobre 110 metros con vallas. Meses más tarde tuvo su bautismo de fuego internacional en el Sudamericano de Santiago de Chile (1935), donde clasificó cuarto sobre 200 metros llanos. Y en los Campeonatos Nacionales a fines de temporada, los mismos donde emergió Fondenvila, Lavenás ganó su especialidad de 110 metros con vallas en 14s.8, igualando el récord sudamericano, que recién pudo superar el gran Alberto Triulzi una década más tarde.

Lavenás se hizo espacio entre su pasión rugbística por esos meses, afinando su preparación en los 110 metros vallas, incursionando también en los 400 metros vallas y dándole una mano a sus amigos velocistas.

No quedan testimonios sobre las ideas de la dirigencia atlética de aquellos momentos, pero se sabe que planificaban un equipo de relevos para los Juegos Olímpicos. Lo impulsaba Víctor Camaño, el entrenador nacional. Camaño fue uno de los mejores entrenadores del país; por ejemplo, “descubrió” a Noemí Simonetto para este deporte. También, fue uno de los conductores de la Selección atlética argentina en los primeros Juegos Panamericanos, en 1951. Pero antes Camaño sobresalió como director técnico de fútbol: el primero de River en su historia profesional, en 1931. Lo llevó a su primer título de campeón al año siguiente, en el desempate de 3-0 contra Independiente, en un

equipo que ya contaba con “*La Fiera*” Bernabé Ferreyra. Camaño dirigió a River en más de un centenar de partidos hasta que lo dejó... por el atletismo, en 1934. Hoy, la pista del Monumental, siempre de carbonilla y sin registros de competencias desde hace mucho tiempo, lleva su nombre.

EL CAMINO A LOS JUEGOS

A comienzos de 1936, se organizan varias competencias selectivas para los dos encuentros con los uruguayos. En la última, el 27 de marzo en la pista de césped del Belgrano Athletic, Beswick muestra sus progresos: 10s8 en los 100 metros, aventajando a Fondevila y Sande, y 21s7 en los 200. También se va armando una posta, en la que Fondevila, Horacio Delucchi, Sande y Beswick sorprenden con 42s.4, apenas dos décimas por arriba del récord vigente. Y una semana más tarde, en el Parque Battle y Ordóñez, de la capital uruguaya, esa misma posta se ve malograda: se cayó el testimonio en el primer pase. La carrera de los 100 metros tuvo un curioso desarrollo: casi todos los participantes fueron descalificados por partidas falsas y sólo quedaba el uruguayo Rubén Bonifacino. Este les pidió a los jueces que “comenzaran de nuevo” y finalmente Beswick ganó la competencia con 11s1, seguido por el atleta local y Sande. Al día siguiente, sumó otro triunfo sobre 200 metros.

El 19 de abril de 1936 se unen los mejores velocistas del momento en la pista de Gimnasia y Esgrima, en Palermo. Allí Fondevila, Beswick, Hofmeister y San-

de, en ese orden, marcan 42s.1 para el relevo 4x100, reduciendo en una décima el récord sudamericano que otra cuarteta argentina (formada por Hernán Spinassi, Juan Gagliardi, Gastón Pagés y Juan Carlos Ure Aldao) mantenía desde el Sudamericano de Lima, realizado siete años antes. Se trata de un preolímpico clave en el camino a Berlín, ya que todos los candidatos se muestran en espléndida forma. Lavenás, por ejemplo, marca 15s.0 en los 110 metros con vallas y aventaja al yugoslavo –radicado aquí y representante de GEBA– Iván Ivanovic y luego hace una de sus primeras incursiones sobre los 400 metros con vallas: sus 55s.0 igualan el récord nacional. Anderson corre los 400 en 48s8, los 800 en 1m54s.6. Y en las individuales de velocidad, Beswick se mantiene invulnerable: 10s6 en 100, seguido por Fondevila y Sande, y 21s8 en 200, donde sus escoltas son Fondevila y Hofmeister.

Una semana más tarde, el Campeonato Rioplataense se desarrolla en la misma pista, pero ahora maltratada por la lluvia. Los protagonistas son los mismos, aunque el relevo gana en 42s4, Beswick se mantiene como dueño de los 100 metros con 10s7 y queda detrás de Hofmeister (22s0) en la distancia doble.

Los convocan para otro ensayo, el 2 de mayo, nuevamente en GEBA, y el título de *La Nación* apunta: “*Se confirma la presencia optimista sobre el calificado plantel de velocistas*”. Allí cambian el orden, colocando a Sande como segundo hombre y Beswick para el remate: 41 segundos y 8 décimas, un nuevo récord. Ese mismo día, Hofmeister confirma su progresión individual, batiendo el récord sudamericano de los 200 metros con 21s.4.

Aquella misma noche, Ígor Stravinsky ofreció el

segundo de sus conciertos en el Teatro Colón y las noticias de la invasión italiana a Etiopía (“Haile Selassie huyó con su familia”) coparon los principales titulares de nuestros diarios. La reunión del Comité Olímpico Argentino, a los pocos días, designó a siete atletas para los Juegos de Berlín: los maratonistas Juan Carlos Zabala y Luis Oliva, el “cuatrocientista” Juan Carlos Anderson (que brillaría en los 800 metros llanos), Juan Lavenás para las vallas, y Hofmeister, Fondevila y Beswick para pruebas de velocidad. *“También se trató el tema de la posta”*, informaron. Pero no fue nominada, los recursos para el viaje eran escasos y los dirigentes del atletismo, como en otros deportes, lanzaron una campaña para recaudar fondos.

Durante aquella semana, la colectividad alemana realizó uno de sus actos en el Luna Park. La crónica de *La Nación* señalaba: *“Con una concurrencia numerosa y un ambiente de enorme entusiasmo y previa ejecución del Himno Nacional Argentino y otras marchas patrióticas, ocupó la tribuna de oradores el Sr. Kuster organizador del acto y representante del Partido Nacional Socialista de Alemania. Luego, el embajador Edmund Von Thiermann se refirió a las buenas relaciones entre ambos países, que a través de los años toman más impulso”*. Esas mismas “buenas relaciones” también llegaban al ámbito deportivo: el 4 de septiembre de 1935, cuando ya promocionaba los Juegos de Berlín, Von Thiermann recibió –en su residencia de la Avenida Quintana– a funcionarios del gobierno, a Ricardo Aldao (miembro argentino del COI) y al titular del Comité Olímpico de nuestro país, Próspero Alemandri.

A mediados de mayo del 36, los más fieles católicos acompañan la visita del Cardenal Copello, se ter-

minan el ensanche de la Avenida Corrientes y se emplaza el Obelisco, suspenden por seis meses a Cherro —tras agredir al árbitro en el partido contra Vélez— y Luis Angel Firpo, a sus 40 años, retorna al boxeo para enfrentar a Saverio Grizzo en el Luna Park. “*El debe darse por satisfecho y nosotros, por hartos. Archívese el expediente*”, escribe Last Reason.

El atletismo vuelve a convocar a sus velocistas para las pruebas del sábado 16 de mayo, esta vez en la pista de carbonilla de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en un predio que la UBA le había cedido en la avenida Paseo Colón e Independencia, y que desapareció en 1950. “*Desde fines del año pasado, un grupo de sprinters excepcional estaba destinado a mover la añeja marca*”, escriben. Fondevila, Sande, Hofmeister y Beswick mejoran otra vez el récord sudamericano en una décima, hasta 41s.7, compitiendo frente a un equipo en el que remataba Juan Lavenás. Y un rato más tarde, como Sande aún no figuraba en el plantel olímpico, deciden probar con Lavenás en su lugar en el equipo titular: 42s.3 “*El pase de Lavenás a Hofmeister fue deficiente*”, revela la crónica.

Lo cierto es que aquellos 41s.7 convertían a la Argentina en uno de los relevos más fuertes del atletismo mundial, de cara a Berlín, y permanecerían como récord nacional hasta 1952, cuando la formación de Mariano Acosta, Enrique Beckles, Gerardo Bönnhof y Romeo Galán consiguió 41s.4 para lograr el título sudamericano en el estadio de River.

Aún llamaron a otra prueba evaluativa, para el sábado 23 y en el mismo escenario, pero una lluvia torrencial obligó a cancelarla. El COA seguía achicando la delegación a Berlín (“*No irán más de 30 atletas, por*

falta de recursos” alarmaron el 18 de mayo). Y en la nueva lista, dejaban afuera a Hofmeister. Y a la posta. “*Partirán el 9 de junio*”, anuncian. Los dos maratonistas –Zabala y Oliva- ya se encontraban en Europa.

Sin embargo, la campaña de recaudación de fondos dio resultado: hubo auspicios de Ferrocarriles Argentinos y la Junta Nacional de Carnes, además de numerosos aportes particulares. La AFA donó 10 centavos por cada entrada vendida en las fechas del 10 y 17 de mayo en el campeonato de primera, recaudando 10 mil pesos de la época para solventar el viaje olímpico.

El 28 de mayo, mientras el COA le concede una prórroga a la Federación Atlética para que consiga los fondos que permitan el viaje de la posta, el Ejército Argentino homenajea al Embajador de Alemania, Edmund Von Thermann en el Salón Imperio, del Jockey Club. Allí estaban, entre otros, el canciller Saavedra Lamas y el ministro de Guerra, Basilio Pertiné. “*Mi Patria aún se encuentra preocupada por su seguridad interior y exterior. Pero bajo la dirección del gran canciller, está irrevocablemente decidida a reconquistar su honor y libertad*” sentencia el Embajador alemán.

Pocos días después, el COA acepta el viaje de todos los velocistas para integrar la posta de 4x100 metros en Berlín y designa oficialmente a Víctor Camañón como entrenador. Viajaba con otro de los ilustres maestros, Alejandro Stirling, el austríaco que condujo a Zabala a su consagración olímpica en Los Angeles pero que ahora, tras la ruptura con el “*Ñandú*”, tenía bajo su ala al otro de los maratonistas argentinos, el cordobés Luis Oliva.

El 3 de junio de 1936, el Comité Olímpico Argentino reúne a todos los seleccionados que se encontra-

ban en el país: *“Alemandri impartió instrucciones”*, titulan. Consejos sobre “comportamiento”, un elogio especial para la única dama, Jeanette Campbell, aliento. Y esa misma noche, la Sociedad de Fomento de Victoria organiza una cena de homenaje y despedida a Beswick. Una crónica señala: *“El señor Beswick, con frases entrecortadas por la emoción, agradeció las pruebas de afecto que recibió. Y dijo: me alienta y reconforta el espíritu para afrontar la difícil prueba olímpica”*. Durante esos días, un diario local critica al municipio de San Fernando, cuyos deportistas olímpicos eran Beswick y el remero Antonio Giorgio: *“Faltan estímulos a los deportistas. Dilapidan anualmente crecidas sumas en los mal llamados juegos populares: rompecabezas, palo enjabonado, piñatas, carreras de embolsados, sartén, etc. Es una burla para el pueblo, el lugar de organizar un torneo y fomentar el deporte y la cultura física”*.

En la lluviosa noche del 9 de junio de 1936, el transatlántico Cap Ancona zarpa del puerto de Buenos Aires con la delegación olímpica. Destino: Hamburgo (y de allí, el tren a Berlin). Una multitud de familiares, amigos y admiradores canta, saluda y grita desde el muelle. El equipo atlético cuenta con sus velocistas (Antonio Fondevila, Antonio Sande, Carlos Hofmeister, Clifford Beswick), Juan Carlos Anderson y Juan Lavenás, mientras los maratonistas siguen su preparación en Europa. En total, la delegación del deporte argentino comprende a 78 personas, presidida por el doctor Alberto León, con otro médico, José Reggi, como jefe de equipo.

El titular del COA, Próspero Alemandri le escribió un mensaje a nuestros deportistas: *“Una hermosa es-*

peranza os aleja del suelo patrio, para ir a cantar, como en tiempo de la Grecia magna, el himno heroico bajo la sombra de los cinco círculos, en la hospitalaria y noble tierra alemana (...) Berlin es un marco grandioso para ser coronado. Escenario digno para realizar las proezas de Hércules, ambiente propicio para desplegar la fuerza del músculo y el espíritu (...) La paz es la vida de la humanidad”.